



Ayuntamiento de Madrid

HISTORIA NATURAL.

Los pagures.

Son una especie de cangrejos, y pertenecen á la clase de los crustáceos; pero los hay de diferente clase. Así uno de los que vereis en la lámina es el *pagurus chilensis* Latr. (semejante al conocido con el nombre de caracol soldado), y el otro el *cenobita Diógenes* Latr. La parte anterior del cuerpo de ambos se parece á la del cangrejo; pero son mas cortas sus pinzas, mas gruesas y robustas y de tamaño desigual; su casco se divide en varias líneas mas ó menos membranosas; son muy grandes el segundo y tercer orden de patas, mientras que las del cuarto y quinto son tan pequeñas que parecen abortadas, y toda la parte inferior del cuerpo equivalente á la cola del cangrejo es blanda, sin pieza crustácea que la defienda del contacto exterior, redondeada y sin simetría entre sus partes. El pagur tiene los cuernecillos internos muy cortos, y sumamente largos el cenobita, siendo esta la diferencia mas marcada que entre ellos existe.

Estos mariscos se ocupan en escarbar la arena para hallar una casa en que habitar, una casa, ó mas bien un palacio de mármol blanco, incrustado de na-car y perla, y adornado con los colores mas brillantes del iris, como el amarillo, rojo, verde, naranjo, azul y mil otros que lucen ó se apagan segun los hieren los rayos del sol ó están cubiertos de sombra.

Este palacio no es otra cosa que una concha, y aunque no tan sólido como el Palacio Real, su arquitectura es elegante y ligera, tan ligera que el propietario lo lleva consigo siempre que tiene á bien pasearse ó sale á evacuar sus negocios. Es verdad que es un poco estrecha, y que aprieta los miembros del propietario como los vuestros el pantalon que os hicieron ha-

ce tres años; pero tambien tiene la ventaja de que cuando engorda y encuentra pequeña la casa, la deja á un lado y se apodera de otra mayor, soliendo para esto tragarse á su propietario.

Esto se entiende si ya no la ha ocupado ó piensa ocuparla otro pagur, pues entonces se arma entre los dos un zipizape de mil demonios, zipizape en que se muestran tan valientes, astutos y listos como los mejores capitanes. Si uno de ellos logra atrapar entre las uñas á su enemigo, lo despedaza, á no ser que este se valga de una estratagema dolorosa pero segura.

Cuando el prisionero se vé cogido, como sucede al de la lámina, quédase inmóvil un instante; pero luego empieza á temblar de pies á cabeza con un movimiento convulsivo, cuya rapidez se aumenta progresivamente, y dando despues una sacudida deja en manos del enemigo el miembro apresado, y se retira cabizbajo al hueco de una roca. Casi todos los crustáceos, y particularmente los cangrejos, no tienen otro medio que dicho temblor para amputarse un miembro herido ó cogido por una fuerza que no pueden vencer. Este miembro vuelve á aparecer como la rama de un árbol, pero se necesitan muchos dias para que recobre su anterior tamaño, siendo este el motivo por qué los cangrejos, cabrajos y pagures suelen tener una pata mayor que otra.

EL INGLÉS Y EL LAZZARONE.

Al mismo tiempo que el que esto escribe y en su misma fonda, habia en Nápoles un inglés de esos hombres caprichudos, flemáticos y resueltos que creen que el dinero es el móvil de todo, que se figuran que con el dinero todo se consigue, y para quien en fin el dinero es el mejor argumento del mundo.

El inglés se habia hecho esta cuenta : con mi dinero diré lo que pienso ; con mi dinero conseguiré lo que quiera , con mi dinero compraré lo que desee. Y habia dejado á Lóndres llevado de tan dulce ilusion, y luego que llegó á Nápoles quiso ver á Pompeya, para lo cual tomó un *lazzarone* , ó acompañante.

Al llegar al puerto la víspera esperimentó el inglés el primer desengaño, pues como el buque diese fondo media hora mas tarde de lo regular, los pasajeros no pudieron desembarcar aquella noche. Milord, que habia estado mareado durante toda la travesía de Porsmouth á Nápoles, ofreció cien guineas al capitán del puerto para que le dejase saltar á tierra ; pero las órdenes sanitarias se llevaban entonces á cumplido efecto, y el capitán del puerto se le rió en sus barbas, de suerte que nuestro inglés no tuvo otro remedio que acostarse de muy mal humor, enviando á todos los demonios al rey que daba semejantes órdenes, y á los que cometian la bajeza de ejecutarlas.

Así es que no podia acordarse del rey Fernando sin rabiár, y como los ingleses no acostumbran á disimular lo que piensan, tomó al dia siguiente el camino de Pompeya, echando pestes contra la tiranía del monarca.

Mientras estuvieron en el camino real, el *lazzarone*, que iba en el carruage del inglés, escuchó impasible todas las injurias que el isleño tuvo á bien vomitar contra su soberano. Sin embargo, al llegar á la calle de los sepulcros, viendo el *lazzarone* que el inglés continuaba su monólogo, se llevó el dedo á la boca como para indicarle que callase ; pero ya porque este no comprendiese lo que queria decirle, ya porque creyese se ajaba su dignidad si accedia á la invitacion que le hacian, prosiguió lanzando invectivas contra el regio personaje.

«Perdone vuestra escelencia, dijo el *lazzarone* apoyando una mano en el borde de la calesa, y saltando á tierra tan listo como Auriol: perdone vuestra escelencia, pero con vuestro permiso me vuelvo á Nápoles.

—¿Por qué tú volver á Nápoles? preguntó el inglés.

—Porque yo no tener gana de ser ahorcado, dijo el lazzarone, imitando el lenguaje del inglés.

—Y quién se atrevería á ahorcarte á tí? repuso el inglés.

—Rey á mí, respondió el lazzarone.

—¿Y por qué te ahorcaría á tí?

—Porque vuestra esclencia ha dicho injurias de él.

—El inglés ser libre de decir todo cuanto quiera.

—El lazzarone no serlo.

—Pero tú nada haber dicho.

—Pero yo haber oido todo.

—¿Quién dirá tú haber oido todo?

—El inválido.

—¿Qué inválido?

—El inválido que vá á acompañarnos para visitar á Pompeya.

—Yo no querer inválido.

—Entonces vuestra esclencia no visitar Pompeya.

—¿Yo no poder visitar Pompeya sin inválido?

—No.

—¿Yo pagando?

—No.

—¿Yo pagando el doble, el triple, el cuádruplo?

—No, no, no.

—Oh! oh! exclamó el inglés, poniéndose á reflexionar profundamente, mientras el lazzarone se entretenia en saltar por cima de su sombra.

—Yo querer tomar el inválido, dijo el inglés al cabo de un instante.

—Tomemos el inválido entonces, respondió el lazzarone.

—Yo no querer callar la lengua mia.

—En ese caso yo desear que vuestra esclencia lo pase bien.

—Yo querer que tú te quedes.

—En ese caso yo dar á vuestra esclencia un consejo.

—Da el consejo á mí.

—Puesto que vuestra esclencia no querer callar la lengua suya, tomar un inválido sordo á lo menos.

—Oh! dijo el inglés maravillado del consejo, yo querer el inválido sordo; y yo darte una piastra por buscar el inválido sordo.»

El lazzarone corrió al cuerpo de guardia y escogió un inválido mas sordo que una tapia. Entonces dieron principio á la investigacion de costumbre, durante la cual continuó el inglés aliviando su corazon á costa de S. M. Fernando I sin que el inválido le oyese, y sin que el lazzarone diese á entender que le oía. De este modo visitaron la casa de Diomedes, los sepulcros, la quinta de Ciceron y la casa del poeta. En un dormitorio de esta última habia una pintura al fresco muy original que llamó la atencion al inglés, hasta el punto de que sin pedir permiso á nadie, se sentó en un sillón de bronce, sacó su album, tiró del lapiz y empezó á dibujar.

Apenas habia trazado una línea cuando se acercaron á él el inválido y el lazzarone; el inválido quiso hablar; pero el lazzarone le manifestó por señas que él iba á tomar la palabra.

«Escelencia, dijo, está prohibido sacar copias de las pinturas al fresco.

—Oh! dijo el inglés, yo querer esta copia.

—Estar prohibido.

—Oh! yo pagar.

—Estar prohibido aun pagando.

—Oh! yo pagaré el doble, triple, el cuádruplo.

—Yo decir que estar prohibido, prohibido, proliibido!

—Yo querer absolutamente dibujar esta cosita para regalarla á Milady.

—Entonces el inválido llevaros al cuerpo de guardia.

—El inglés ser libre de dibujar lo que quiera.»

Y volvió á empezar su tarea; pero el inválido se acercó á él con aire inexorable, y el lazzarone le dijo:

«Perdon, esclencia.

—Habla á mí.

—Vuestra esclencia querer absolutamente pintar esta cosita?

—Sí.

—¿Y otras tambien?

—Sí, y otras tambien; yo querer pintar todos los frescos.

—Entonces, dijo el lazzarone, yo dar un consejo á vuestra esclencia; tomar un inválido ciego.

—Oh! oh! exclamó el inglés, todavía mas maravillado de este segundo consejo que del primero. Yo querer el inválido ciego, y darte dos piastras por buscar el inválido ciego.»

—Entonces salgamos; yo ir á buscar el inválido ciego, y vuestra esclencia despedir el inválido sordo, pagándole, se entiende.

—Yo pagaré el inválido sordo.»

El inglés puso el lapiz en el album, y se guardó éste, y despues, saliendo de la casa de Salustio, fingió que se paraba delante de una pared con el objeto de leer las inscripciones con lapiz encarnado que hay trazadas en ella. El lazzarone corria entretanto hácia el cuerpo de guardia, y volvía con un inválido ciego conducido por un perro negro. El inglés al verlos, dió dos carlinos (moneda napolitana) al inválido sordo y le despidió.

El perro del inválido conocia á Pompeya por debajo de la pata, y era un dije, sabiendo mas de antigüedades que algunos miembros de la academia de la historia.... Abrió pues la marcha á nuestra gente, y al llegar á otro edificio exclamó el inglés transportado de gozo:

—Oh! oh! las casas estar numeradas en Pompeya: yo querer pintar la casa número 4 para regalar el diseño á Milady.

—Bueno, dijo el lazzarone; mientras tanto yo entretener el inválido.»

Y se fué á hablar con este mientras el inglés hacia su croquis, croquis que estaba concluido al cabo de algunos minutos.

«Yo estar contento, dijo el inglés; pero yo querer volver á casa del poeta.

—Castor! dijo el inválido á su perro, á casa del poeta.»

Y Castor dió media vuelta, y entró en casa de Sallustio: el lazzarone se puso á hablar con el inválido, y el inglés acabó su dibujo.

A poco llegaron á una escavacion, que era, segun parece, la casa de un particular muy rico, pues sacaban de ella muchísimas estatuas de bronce y curiosidades mas ó menos preciosas que al momento conducian á una casa contigua. El inglés entró en aquel museo improvisado, y se paró á contemplar una estatua lindísima que cabia en el bolsillo.

—Oh! dijo el inglés, yo querer comprar esta estatua.

—El rey de Nápoles no querer venderla, respondió el lazzarone.

—Yo pagar lo que quiera, para regalarla á Milady.

—No querer venderla.

—Yo pagar el doble, el triple, el cuádruplo.

—Perdon, escelencia, dijo el lazzarone mudando de tono, yo haber dado á vuestra escelencia dos consejos: ¿vuestra escelencia querer que le dé otro? —Pues bien, no comprar la estatua, pero robarla.

—Oh! tú tener razon.... Y el inválido estar ciego!.... Oh! oh! ser muy original.

—Sí, pero Castor tener dos muy buenos ojos y diez y seis dientes soberbios, y si vuestra escelencia toca con un dedo á la estatua, le saltará al pescuezo.

—Yo dar un pistoletazo á Castor.

—Ser mejor tomar un inválido cojo. Cuando esté descuidado, vuestra escelencia meter la cosa en el bolsillo y ambos escapar. El cojo gritará; pero nosotros tener piernas y él no.

—Oh! oh! oh! exclamó el inglés, aun mas maravillado del tercer consejo que del segundo; yo querer el inválido cojo, y darte tres piastras por buscar el inválido cojo.»

Y para no dar que sospechar al inválido ciego, y sobre todo á Castor, salió el inglés y se puso á mirar una fuente en forma de concha, mientras que el lazzarone iba en busca del nuevo guia. Un cuarto de hora despues volvió acompañado de un inválido que tenia

ambas piernas de palo, pues como sabía que el inglés no regateaba, llevaba el mejor género que había encontrado.

El inválido ciego recibió tres carlinos, dos para él y uno para Castor, y se marcharon, al paso que el inglés, el lazzarone y su nuevo camarada entraban en el aposento donde se hallaban las curiosidades sobre unas tablas clavadas contra la pared.

Mientras que el primero iba y venia de un objeto á otro, sin pensar al parecer en la estatua, el lazzarone se entretenia en tender una cuerda delante de la puerta y á dos pies de altura. Cuando vió que la cuerda estaba bien asegurada, hizo una seña al inglés, este se guardó en el bolsillo la estatua, y mientras el inválido le miraba estupefacto, saltó por cima de la cuerda, y seguido del lazzarone tomó el camino de Nápoles como alma que lleva el diablo.

Este último rasgo de mi inglés, aunque os parezca chistoso, no deja de ser en buena moral una accion poco delicada.

A. D.

TRIBULACIONES Y DESGRACIAS DE UN IGNORANTE.

CONTINUA LA CUARTA Y ÚLTIMA PARTE.

VII.

La zorra y el chivo.

Con el fin de alejar las sospechas que en mí pudiera despertar la hostilidad de sus proyectos, mi compañero continuaba halagándome y dirigiéndome almidonadas frases, tal vez porque creyese que cuando menos se pensára iba yo á manifestar mi extrañeza de que anduviésemos tanto aquel dia, á lo cual no sabría qué respon-

der el tunante. Pero bien podia dejar dormir su conciencia con todo descanso, pues aun cuando se hubiese alargado nuestro camino muchas leguas mas, ni una sola palabra hubiese salido de mi boca tocante á este punto. — Al contrario, cada paso que daba hácia adelante y que por consecuencia me alejaba cada vez mas de la terrible caverna, me parecia que era un gran progreso hácia la libertad, y á medida que iba ganando terreno, respiraba con mas facilidad, y brillaba en mi rostro la alegría, porque se me figuraba no estaba muy lejos el instante en que iba á recobrar esa libertad querida.

Y por cierto que no me engañaba, pues al cabo de otros cinco minutos de marcha, se presentó ocasion de que el pobre cautivo pudiese romper el último eslabon de su cadena.

Para llegar á la cita dada á Papagayo por el opulento indiano, mi amo futuro, encontramos en medio del camino un foso ancho y largo, y á la parte opuesta una pared que no podia salvarse sin un instrumento propio para este uso.

Este obstáculo inesperado arrojó la desesperacion en el alma de nuestro hombre. — Cómo salir del paso? Era la hora fijada, el tiempo urgia; qué hacer pues? — Si yo, á pesar de toda la ligereza y agilidad de mis pocos años, no me atrevo á salvar aquel obstáculo, cómo habia de intentarlo un viejo estropeado?

Nos hallábamos á una distancia cortísima de una mina, y al dirigir mis ojos acá y allá, ví entre los materiales propios para la esplotacion, una escala tendida en el suelo, y que era la mas á propósito para sacarnos del apuro.

Así lo dije al astuto compadre, y como no sospechaba ni la menor cosa, pues yo hacia grandes esfuerzos para inspirarle confianza, se apresuró á ayudarme con la mayor gracia del mundo.

Pusimos pues la escala á fin de bajar al foso que á la sazón se hallaba enteramente seco, y así lo hicimos

uno tras otro. Ya en la mitad del camino, no quise dejar perder la ocasión, de suerte, que aunque con gran trabajo arrimé la escala á la otra pared.

—«Déjeme V. subir, dije á Papagayo, y tenga V. la escala mientras yo subo, que yo la tendré por arriba luego que me afirme en la pared.

—Pronto! me dijo, sacando el reló como un hombre que cree vá á llegar tarde á una cita.

Mas prisa tengo yo que V., me dije á mí mismo, y en un abrir y cerrar de ojos llegué al último escalon, poniéndome á horcajadas sobre la elevada pared.

—Espere V. un instante, dije á mi hombre, voy á afirmarla.»

Y haciendo un esfuerzo desesperado, á riesgo de romperme los músculos, levanté la escala, logrando subirla á donde yo estaba: la puse en seguida al otro lado para poder bajar, y volviéndome hácia el maldito viejo que se habia quedado como una estatua, le dije con sorna:

—«Gracias por todo, y hasta la vista, compadre: salga V. de ahí si puede, y no deje de dar memorias á la señora Ladrona.—En cuanto á los señores piratas, puede V. decirles que deseo los ahorquen para escarmiento de pícaros... A dios, amigo mio, hasta el valle de Josafat.

VIII.

Otra torpeza.

Una vez libre, eché á correr por medio de los campos como un malhechor á quien persigue la justicia, y como el miedo de volver á caer en manos de los bandidos me daba fuerzas, en menos de diez minutos perdí de vista la pared, admirándome yo mismo de lo que acababa de andar.

Sin embargo continué mi marcha, hasta que al fin cuando llegó la noche, tuve que hacer alto agoviado de cansancio y con el estómago vacío. Sentéme en la

margen de un arroyuelo y quise sacar partido de las provisiones que llevaba en la faltriquera; pero antes de todo, y aunque el hambre me espoleaba, quise hacer á hurtadillas un examen analítico del sitio en que me hallaba.

Jamás se ha presentado á mi vista un cuadro más pintoresco y arrebatador! Detrás de mí se estendian las sábanas ó vastas llanuras incultas que acababa de atravesar, y por delante se desarrollaba un inmenso bosque de bambúes, cercado de palmeras y de encinas que se elevaban á una altura prodigiosa. A mi izquierda el sol, como un globo de fuego, se ponía detrás de una masa montañosa y gigantesca, cuya cima, cubierta de nieve, despedía un brillo deslumbrador; y á mis pies corria en silencio un riachuelo de azules ondas, cuyas orillas estaban cubiertas de dalias, cactus y rosas.

Yo que en mi crasa ignorancia solo habia leído en el libro de la naturaleza, al ver el maravilloso cuadro que se presentaba á mi imaginacion esencialmente poética, me exalté como nunca, y despues de admirar las bellezas que tenia delante, adoré y bendije al divino Criador de ellas.

Aquel rato de recogimiento y religiosas ideas, llevó la alegría á mi corazón, como sucede cuando se ha hecho una obra piadosa y caritativa.

Ya he dicho que el hambre atormentaba mis entrañas, y ahora añado que me dispuse con gran seriedad á llenar el vacío que habia dejado en mi estómago lo mucho que habia andado á galope: registré pues mis bolsillos para sacar las diversas provisiones que me habia apropiado, lo puse todo junto á mí simétricamente, y despues de mirar con ojos de cariño mis paquetes, como un hombre feliz con lo que posee, los abrí uno por uno para ver todos los tesoros ocultos, con cuya presencia se me hacia la boca agua.

Pero ¡oh maldita ignorancia! todavía me persigues!

Recordarán VV. que en el momento de dejar la caverna con Papagayo, registré la casa con el objeto de proveerme de alguna pitanza que pudiera servirme para hacer frente al hambre en caso de penuria. Es verdad que andaba de prisa y que las circunstancias me apremiaban, pero era preciso que fuese tan torpe? habia mas que saber deletrear, y con solo leer los rótulos de los paquetes me hubiera ahorrado un engaño tan grosero y semejante angustia? ¡Oh! bien decia mi padrino el tío Conejo cuando me decia: «Bonifacio, ya te arrepentirás cruelmente de tu pereza» Oh! sí, y ahora mas que nunca.... Grande fué mi arrepentimiento, grande y sincero, cuando caí estupefacto y como un idiota en presencia de las pruebas materiales de la tontería mas pesada que he hecho en mi vida.

Figúrense VV. cual sería la situación de un hombre hambriento como un lobo, y cien veces mas, que ha creído comer bien, y á quien presentan por todo potage una mesa servida con media docena de paquetes de yesca y una porcion de cigarros! Por cierto que es lo mas succulento para saciar el enorme apetito de un pobre diablo.

Dónde tenia yo la mano que fuí á escoger precisamente tales objetos cuando esperaba dar con algunos pedazos de carne fiambre ó de lenguas saladas, como los habia visto sacar del mismo cofre en muchas ocasiones?

Añadiré que habiéndome apoderado de una pistola para un caso de legítima defensa, tuve el dolor, cuando quise cargar mi arma, de encontrar en el cuerno, en vez de lo que creía era buena pólvora, un poco de sal?

Así pues no tenia ni provisiones de boca ni municiones de guerra.

IX.

Sobre un arbol.

La noche iba descendiendo por grados á la campi-

ña, y solo faltaban unos minutos para verme envuelto en sus tinieblas, solo, en un país que no conocia, en medio de una llanura inmensa y desierta, y á la entrada de un bosque poblado sin duda de terribles huéspedes.

Me levanté para ver si descubria alguna luz, y nada, nada mas ví que los últimos fulgores de un crepúsculo que se apagaba!

En el mismo instante oí á corta distancia, y como si fuesen acercándose por grados, voces humanas mezcladas con gritos ahogados y roncós, y con una cosa que parecían rugidos de fieras, y á poco distinguí un ruido entre las ramas del bosque. ¿Qué será, Dios mio? ¿correré peligro otra vez?

En todo caso, seamos prudentes á lo menos, si no soy otra cosa. Y sin deliberar mas tiempo diviso cerca de mí una corpulenta encina de liso tronco, corro á ella, y á fuerza de trabajo consigo encaramarme á la rama mas alta. Allí, con una dosis mas que regular de miedo, me inclino hácia adelante y aplico el ojo con la esperanza de instruirme bien pronto acerca de la causa de mi terror pánico.

Las voces humanas se oían cada vez mas cerca, de lo cual deduje que por necesidad se dirigian hácia donde yo me hallaba, y en efecto, al cabo de unos segundos pude examinar un grupo de tres ó cuatro hombres, que armados con escopetas parecían cazadores que iban persiguiendo una fiera. No me engañaba, pues mucho antes que ellos llegó al pié de la encina donde yo estaba de centinela un animal parduzco del tamaño de un perro mastin. Paróse un momento á oler la yesca y los cigarros que habia yo dejado en el suelo, y luego, arregostado sin duda con el olor á carne humana, se vino como por instinto hácia mi protectora encina, lanzó un abullido, alzó perezosamente la cabeza, y dejó ver dos grandes ojos como carbones encendidos, cuya mirada terrible iba á fijarse en mi persona.

¿Era aquello una invitación para que bajase á darle compañía?

Ya conocerán VV. que lejos de apresurarme á responder al llamamiento de mi señor, hice por el contrario una evolucion repentina para ponerme todavía mas lejos de él. Pero no tenia posibilidad de huir ni de ir mas lejos, y él por su parte hizo la ronda en derredor de la encina, como si tratase de buscar el punto mas fácil á fin de subir á felicitar-me. Este era su plan ni mas ni menos, pues parándose de pronto, levantó las manos, las apoyó contra el árbol, abulló con mas fuerza que antes, volvió á clavar los ojos en mí como para asegurarse de que me hallaba en el mismo sitio, y.... se oyeron dos tiros, y mientras el animal caía herido mortalmente, yo rodé de rama en rama hasta el suelo, no herido como él, sino asustado de resultas de la conmocion espontánea que me causó la doble detonacion. El animal habia quedado muerto, y yo respiraba á las mil maravillas: estaba vivo, muy vivo!

Los cazadores acudieron á nosotros, admirados de la feliz casualidad que ponía en sus manos dos piezas en vez de una, pues de seguro no habian podido distinguir, con la poca claridad que reinaba, si lo que caía de la encina era un hombre ó un avechuelo.

X.

Quienes eran los cazadores.

Me levanté con presteza para evitar que me confundieran con el animal, y al ver esto los cazadores, al mirar á una criatura que hablaba lo mismo que ellos, se quedaron con la boca abierta.

Si hay en el curso de la vida de un hombre casualidades y sucesos tan novelescos, que es difícil, y aun muchas veces imposible creerlos, es preciso convenir que en aquella circunstancia cualquiera habria dejado brillar en sus labios la sonrisa de la incredulidad: yo,

aunque era actor en semejante escena, no me atrevía á creer en la realidad.

Entre los cazadores á quienes tal vez debia el no haber caído en poder de una fiera, acababa de conocer á Tomás!

Y cómo podria trazar á VV. aquí semejante cuadro, cómo decir á VV. la alegría del uno y el asombro, la sorpresa y la dicha del otro!

—Cómo! eres tú, mi querido Tomás, exclamé arrojándome á su cuello, y dándole veinte abrazos; tú, á quien yo he visto caer á mi lado herido de una bala, tú á quien creía muerto y despues arrojado al mar para que fueses pasto de los peces, encontrarte aquí!

—Ya ves que soy yo.

—¿Y en qué rincón de la tierra he dado contigo, con qué traje te hallo, en qué circunstancias?

—¿En qué rincón de la tierra? ¿No sabes que nos hallamos á alguna distancia de Camarca? Mi traje es el de cocinero principal de un colono llamado Don Toribio Lombardo, un español como nosotros, á quien no tardarás mucho en conocer. En cuanto á la circunstancia en que nos volvemos á hallar, adivino que pudo haberte sido muy funesta; pero te aseguro ahora que tendrá para tí resultados muy favorables.

—Pero nada me dices de tu resurreccion.

—Voto báh! jamás he dejado de existir, y ya te diré lo que deseas saber; pero dejemos para otro momento las explicaciones, porque se vá haciendo muy oscuro, y pronto no nos permitirán las sombras caminar con comodidad. Sin saber como hemos andado cerca de una legua, gracias á ese maldito *agouara-gouazou*, cuyas huellas perdimos para venir á encontrarle aquí.

—¿Cómo llamas á ese animal, repuse, que no lo he entendido bien?

—*Agouara-gouazou*, ó de otro modo, lobo encarnado.

—Ah! con que es un lobo! En buenas patas iba á caer sin tí y estos señores!

(Se continuará.)